BELLEZA, MI BELLA INQUIETUD

VALERY LARBAUD

Traducción de Mar i Cel Perera Valls
Revisado por Maribel Corbí Saëz

BELLEZA, MI BELLA INQUIETUD

Diseño de la cubierta: Esperanza Gilabert Almagro
Edita: Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert"
Imprime: Bañuls Impresores, S.L. - Alicante

Dep. Legal: A-589-2001

BELLEZA, MI BELLA INQUIETUD

Valery Larbaud

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA "JUAN GIL-ALBERT"

2001

INTRODUCCIÓN

Los amantes de la literatura, sensibles a la rica aportación de la literatura comparada, no podemos por menos que felicitarnos y agradecer al Instituto Juan Gil-Albert la acertada iniciativa de continuar la vía abierta años atrás con la publicación de la bella traducción del *Diario alicantino*[1] de Valery Larbaud. Si con dicha traducción el público español, y el alicantino en particular, pudo tener fácil acceso al testimonio de las vivencias, personales e intelectuales, de Larbaud entre nosotros, y como consecuencia, de la vida de nuestra ciudad entre 1917 y 1920, con la selección y cuidada traducción que ahora nos ofrecen Mar i Cel Perera e Isabel Corbí se da a conocer una importante novela de Larbaud, *Beauté, mon beau souci*. A Alicante dedicó Larbaud esta novela, muchas de cuyas páginas fueron escritas durante su estancia en nuestra tierra, y en ella quedan rastros pudorosamente velados de algunas de sus vivencias.

Mucho debe Alicante a Valery Larbaud. Su amor por la «terreta» le llevó a inmortalizar algunos de nuestros pueblos en otras de sus obras y, dado su amor por la prosa mironiana, inició una insistente cruzada para que la obra de Gabriel Miró fuera conocida en Francia. Debemos corresponder con el mismo amor a la deuda que los alicantinos y las instituciones que los representan tenemos con él contraída, y la presente publicación es prueba de nuestra responsabilidad intelectual.

---

[1] Valery Larbaud, *Diario Alicantino 1917-1920* (Introducción y traducción de Jose Luis Cano), Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1984.

A pesar de su gran obra como creador, como crítico, y como traductor, Larbaud sigue siendo un gran desconocido para gran parte de los españoles y para no pocos franceses. Las razones, a mi parecer, son diversas.

Primeramente por el hecho de pertenecer a un momento de la historia literaria en la que los nombres de los grandes monstruos de la literatura, como Proust, Gide o Paul Valery eclipsaron el talento poético y narrativo de nuestro escritor.

Además porque, con gran modestia y dotado de una fina perspicacia para reconocer a los buenos escritores, dedicó una gran parte de su producción a dar a conocer sus escritos a través de artículos y traducciones, con menoscabo de su obra personal. Es de justicia, pues, que correspondamos con las traducciones de sus obras.

Habría que añadir por otra parte que su riqueza se ha superpuesto a su talento literario y muchos le veían más como el propietario millonario de las aguas de Vichy que como el gran escritor amigo de Gide, Paul Valéry o James Joyce.

Finalmente porque, habiendo sufrido en 1935 una hemiplejia que le tendrá más de veinte años paralizado, privado del uso de la palabra y afásico hasta su muerte en 1957, Larbaud sufrirá una especie de muerte en vida que contribuirá al olvido[2].

---

[2] Para la pervivencia del recuerdo de Larbaud en Alicante, ver Ángeles Sirvent Ramos, «Valery Larbaud dans les publications alicantines», en F. Lioure-A.Dezalay (ed.), *Valery Larbaud. Espaces et Temps de l'Humanisme*, Clermont-Ferrand, Association des Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines, 1995, pp. 171-84.

Recordemos su *Fermina Márquez* (1911), su obra más conocida en nuestro país, en parte por su ambiente hispano, o más concretamente hispanoamericano, y por ser la única de sus novelas traducida en nuestro país, hasta el momento novela de la adolescencia perdida, del descubrimiento del amor; recordemos su interesante, innovadora y polimorfa *A.O. Barnabooth, ses oeuvres complètes*. Recordemos su trilogía *Amants, heureux amants*, configurada por la obra que ahora nos ocupa, por la que da nombre a la trilogía y por *Mon plus secret conseil*, observándose en el proceso de elaboración y publicación la influencia de James Joyce y del monólogo interior que Joyce reveló haber descubierto en los *Lauriers sont coupés* de Edouard Dujardin.

Larbaud estuvo siempre atento a los nuevos valores que iban surgiendo en las literaturas extranjeras; en este marco debemos centrar su acercamiento a la prosa de Gómez de la Serna y de Gabriel Miró.

En 1918, encontrándose ya en Alicante, traduce una parte de las *Greguerías* y envía el texto a la revista francesa *Hispania*[3]. Más tarde, y con la ayuda de Mathilde Pomès completará la traducción que publicará en 1923 con el título *Échantillons* de la que hará también el prólogo. Desde la «Sagrada Cripta de Pombo» Gómez de la Serna escribirá en 1923 a Larbaud agradeciéndole esta «¡Extraordinaria, precisa versión!»[4].

---

[3] *Cf.*, G. Jean-Aubry, *Valery Larbaud. Sa vie et son oeuvre (1881-1920)*, Monaco, Du Rocher, 1949, p. 274.

[4] Carta de Gómez de la Serna a Larbaud. Recogida en el nº 215 del catálogo de la exposición «Valery Larbaud», organizada por la Biblioteca Nacional de París, del 11 de marzo al 12 de abril de 1981 (Selección y redacción de Monique Kuntz), p.42.

La relación de Larbaud con Gabriel Miró será no sólo intelectual o literaria, sino afectiva. Tendrán en común la sensibilidad y el amor por la «terreta».

Aunque Larbaud había leído ya a Miró, será durante los primeros meses de su estancia en Alicante cuando redescubra la prosa mironiana. El 3-3-1917 escribe en su diario que acaba de leer *El abuelo del rey* (1915) y que considera a Miró uno de los mejores novelistas españoles. Hará entonces gestiones en la editorial Gallimard para publicar a Miró en Francia.

Gabriel Miró se convertirá en la «cruzada» particular de Larbaud. Desde Londres escribe a Eduardo Irles el 3-3-1919: «Aquí también estoy hablando todos los días de él (de Ramón), de Miró y de Óscar Esplá»[5].

Uno de los últimos artículos publicados, precisamente el año de la muerte de Larbaud en 1957, fue «Souvenir de Gabriel Miró»[6], escrito una tarde de 1920 en la calle de Canalejas de Alicante, e inédito hasta 1950, fecha en que fue publicado por primera vez.

Pues bien, este gran escritor, este gran humanista cosmopolita que fue Larbaud, después de haber visitado casi toda Europa y alejándose de la «atmósfera irrespirable» de la guerra para poder escribir y traducir, llega a Alicante en 1916.

Gracias al Dr. Higinio Formigós, médico en aquel momento del Consulado de Francia en Alicante y gran

---

5 Vicente Ramos , *Eduardo Irles*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1980, pp. 35-6.

6 *Nouvelle Revue Française*, nº 51.

amigo desde entonces, se alojará con la familia Irles en el 113 de la calle Bazán y posteriormente en el 63 de la calle Mayor, si exceptuamos la prolongada estancia en Villa Rafaela de San Vicente a donde se traslada con toda la familia desde el 5 de mayo al 4 de octubre de 1917. En noviembre de 1919, tras su visita a Madrid, se independizará y en la calle Canalejas, 28, vivirá hasta su vuelta a Francia en 1920.

Será Eduardo Irles, funcionario en el Ayuntamiento pero escritor de vocación quien lo pondrá en relación con su amigo Gabriel Miró. Desgraciadamente estos dos escritores no pudieron encontrarse durante los cuatro años de estancia de Larbaud en Alicante puesto que Miró vivía precisamente entonces en Barcelona. Sus relaciones sólo serán pues epistolares pero ello no aminoró las afinidades y admiración mutua que se testimoniaron.

Larbaud se convertirá igualmente en amigo del célebre compositor Óscar Esplá —su rival incluso en uno de sus lances amorosos en Alicante—, de los hermanos Bernácer: Germán, el célebre economista, y Julio, el poeta modernista que continuará su relación epistolar con Larbaud mucho tiempo después de su partida de Alicante.

Mantendrá igualmente Larbaud una relación asidua con el pintor Ramón Ferreres y con José Guardiola, abogado y autor años más tarde de una biografía íntima de Gabriel Miró.

Si Alicante era en dicho momento una sencilla ciudad de provincias, poseía al mismo tiempo, como queda patente, un medio intelectual bien interesante en torno al Ateneo —cuyo presidente era precisamente su acogedor y amigo Eduardo Irles— y a *El Diario de Alicante*.

Aquí conocerá también Larbaud a Pedro Salinas, en aquel momento profesor de literatura en la cercana Universidad de Murcia.

Testigo de sus vivencias es el *Diario alicantino* antes citado, pero particularmente relevante resulta igualmente para estudiar la gestación de la obra que ahora nos ocupa. *Beauté, mon beau souci* debe en parte su origen a *Martre*, relato proyectado en 1914 y comenzado en Barcelona en 1916. Durante su estancia alicantina Larbaud continuará los dos relatos pero no consiguiendo que *Martre* tomara cuerpo decide abandonarlo en provecho de *Beauté* en el que integrará algunos aspectos. Se entiende pues la atmósfera inglesa que da marco a la obra, pero, como veremos más tarde, los avatares sentimentales de Larbaud entre nuestras jovencitas tendrán un gran peso en la configuración final de la misma.

De la versión que reescribe en Alicante que, tras ciertas correcciones, dará lugar a la edición definitiva que conocemos, se conserva un manuscrito en la Biblioteca Jacques Doucet de París. Dicho manuscrito ha sido estudiado por Jacques Nathan para la edición crítica de *Beauté, mon beau souci*[7]. En la primera página de este manuscrito, como Nathan nos da a conocer, se encuentra la siguiente indicación de Larbaud:

> «Eté 1914, j'ai la première idée de ce livre, mais sous une forme très différente. Début été 1915, je choisis le titre. Mai-juin 1916, je commence mon livre. Eté 1917, je détruis mon premier manuscrit,

[7] Paris, Nizet, 1968.

en plusieurs fois. Hiver 1917-1918, je recommence. Alicante, été 1919 et janvier-mars 1920, je le remanie complètement et je le récris. Valbois avril 1920, je le termine. Paris mai 1920, je le révise sur un texte dactylographié. Juin 1920, je fais quelques corrections de dernière heure»[8].

Beauté, mon beau souci será publicada en la *Nouvelle Revue Française*, julio-agosto de 1920. Más tarde esta obra se publicará junto a *Amants, heureux amants* y *Mon plus conseil* con el título colectivo de *Amants, heureux amants.*

Beauté debe su título al primer verso de un poema de Malherbe: «Dessein de quitter une dame qui ne le contentait que de promesse»:

> Beauté, mon beau souci, de qui l'âme incertaine
> A, comme l'Océan, son flux et son reflux, ...

Aunque aparentemente nada deba el contenido de la obra a este poema dado que, como dice Nathan, «Queenie est tout le contraire d'une «âme incertaine»[9], recordemos las diversas quejas en el *Diario alicantino* de la inconstancia de alguna de las jóvenes[10]. Aubry y Mallet, en las

---

8 *Ibid.*, p.10. Nathan reproduce igualmente las indicaciones que Larbaud nos proporciona en la última página de este manuscrito y que corresponde al plan de una segunda parte de esta obra que Larbaud nunca escribió. A ambas indicaciones se refieren igualmente G. Jean-Aubry y Robert Mallet en los comentarios y notas que acompañan la edición de Valery Larbaud, *Oeuvres*, Paris, Gallimard, coll. «Bibliothèque de la Pléiade», 1958, p. 1238.

9 *Ibid.*, p.48.

10 como la realizada, referida a Dolores, el 20-1-20. *Cf., op. cit.*, p.140.

notas que elaboran para la ya citada colección de la *Pléiade* indican, por otra parte:

> «Il a lu les *Élégies* de Tibulle et il est aussitôt tenté de transcrire, à travers sa propre expérience, une des aventures amoureuses du poète latin»[11].

Hay que decir, además, como ya indicábamos en las primeras líneas, que Larbaud dedicó a Alicante y a los alicantinos esta novela, y lo hizo además en español:

A LA CIUDAD DE
ALICANTE
Y A MIS AMIGOS ALICANTINOS
OFREZCO ESTA NOVELA
PARA MÍ LLENA DE RECUERDOS
DE LA «TERRETA»

VL

ALICANTE, MARZO 1920

Aun con todo, la dedicatoria que encuentra Nathan en una de las hojas sueltas adjuntas al manuscrito es más reveladora:

> A la personne dont le prénom souvent
> répété par l'auteur
> à l'époque où il écrivait
> ce livre

---

11 *Op. cit.*, p. 1236.

est caché mais non invisible dans
les lignes
ici tracées

«Alicante 1919-20»

Pero Larbaud había añadido en inglés en lo alto de la página: «that wont do» (esto no es conveniente), y al final: «better this one» (mejor ésta), a lo que seguía, como nos hace saber igualmente Nathan, la siguiente dedicatoria en castellano:

A
LA SOMBRA
DE LAS PALMERAS
DE MI TIERRA[12]

Evidentemente el acróstico que deja ver el nombre de Araceli era demasiado directo y más comprometedor,

---

[12] En Nathan, *op. cit.*, p. 24, dedicatoria que Nathan traduce impropiamente como «A l'ombre des palmiers de ma propriété», aludiendo en página siguiente a la pequeña casa de San Vicente en donde crecían palmeras, hecho que le había sido confirmado por el profesor Alajouanine, y que es por otra parte cierto y además usual en cualquier finca de Alicante. El sentido de la palabra tierra, como la de su diminutivo valenciano «terreta» que aparece en la dedicatoria definitiva tiene un alcance más general y designa a Alicante misma. Recordemos en este sentido las líneas que desde París, el 10 de octubre de 1919 escribe Larbaud en su diario: «Cependant, cinq minutes plus tard, j'avais chassé de mon esprit toute pensée relative aux «affaires» et je suis rentré à la maison fort satisfait de moi et du monde en général, songeant à l'Espagne et aux palmiers d'Alicante». Dicha cita, que corresponde a la p. 210 de la edición de Mallet, no está recogida en la traducción de Jose Luis Cano al omitirse en su edición el diario correspondiente a la segunda mitad de 1919, fechas en las que Larbaud no reside directamente en Alicante.

pero al mismo tiempo muy revelador de que en las páginas de *Beauté, mon beau souci* también están escondidas pero no invisibles las huellas de su estancia en Alicante. Es lógico pensar que si Larbaud destruye el manuscrito de *Martre* que había proyectado años atrás en beneficio del que será *Beauté*, redactado en gran parte en nuestra ciudad, las situaciones vividas por Larbaud entre nuestras gentes, y principalmente entre nuestras jovencitas, hayan germinado entre las líneas de la novela.

A simple vista nada en la novela nos recuerda Alicante: ni los personajes ni los lugares que recorren, por otra parte reales en su mayor parte[13]. Que ello no nos desanime; del mismo modo que el diario en Alicante será redactado en inglés —y en ello entra una gran dosis de disimulo y discreción, de empañar la comprensión si hipotéticamente el diario fuera leído por alguien de la casa, mucho más familiarizado con la lengua francesa—, el marco de la novela es inglés pero muchas de las vivencias, alicantinas. Habrá que disipar pues esa espesa bruma londinense que impide ver a las personas de nuestra tierra.

El mismo Larbaud da el primer paso al no destruir, como hizo en cambio con muchas de las páginas de su revelador diario, la dedicatoria que dirige a Araceli, a la que Larbaud nombra en su diario en Alicante. La primera vez que Araceli es citada en él es el 5 de setiembre de 1918, en que alude a la belleza morena de la joven Araceli,

---

13 como Nathan pone en evidencia a través de planos y fotografías. Incluso aludirá a un posible modelo inglés en la obra a través de la amante inglesa de Larbaud, Gladys. (*Cf.*, *ibid.*, pp. 37-8), de la que por otra parte existen diversas referencias en el *Diario*. Gladys se ocupará de la casa, como Edith Crosland en *Beauté*.

que eclipsa a las más luminosas y habla del placer de haberle tomado la mano[14]. Pasado un año —recordemos que la segunda mitad de 1919 estará fuera de España—, el 25 de enero de 1920 escribirá:

> «Esta noche, en casa de don Higinio, donde he visto a Araceli y me he sentido iluminado con la luz de sus ojos. Me ha mirado más gentilmente que de costumbre. He hablado bastante, intentando decirle cosas que pudieran dejar en ella una impresión duradera. Las señoras presentes (especialmente su madre) se daban cuenta de lo que yo sentía cuando ella me miraba, y las he sorprendido sonriendo. Desde donde yo estaba no podía ver su cuerpo, pero en su rostro me era posible comprobar hasta qué punto ha cambiado desde el año pasado. Ahora tiene quince años, y es una joven diosa triunfadora, quizá más morena que nunca, un verdadero sol de belleza, toda fuego y dulzura, timidez y esplendor. Después de la hora que he pasado junto a ella, todo el resto ha quedado relegado a un segundo plano»[15].

---

[14] *Op. cit.*, p. 120. Ver otras referencias el 12-12-18 y 23-3-19.

[15] *Ibid.*, pp. 141-2. De no producirse la analogía de antropónimos a la que se alude al final de esta introducción, estaríamos tentados a poner en relación los nombres de Queenie y Araceli, en tanto que el «araceli» es el trono en el que los ángeles se llevan el alma de María —la Virgen, la Reina por excelencia. Recordemos que la conversión de Larbaud al catolicismo ya se ha producido en esta época— al cielo, y en el que, ya resucitada en la segunda jornada, es coronada, reforzándose así la identificación. La asunción de la Virgen, tema de la representación cultural más importante de nuestra «terreta», del drama religioso medieval conocido como el «Misteri d'Elx», pudo ser conocido por Larbaud dada la importancia del mismo. Sólo sabemos que visitó Elche en diversas ocasiones, una de ellas con el pianista Ricardo Viñes, y que su amigo Óscar

Desde esa fecha las alusiones a Araceli se suceden en el *Diario*:

> «...lo que me permitió bañarme durante dos o tres horas en el luminoso rostro de Araceli, embriagado con su dulce presencia...»[16].
> «Alrededor de media hora he permanecido cerca de ella, bajo el fuego de sus ojos (quiero decir que ellos eran fuego para mí, no que tuviera intención de dispararme; pero ella se da cuenta de lo que yo siento, y eso le divierte). Esta noche, demasiado lleno aún del espíritu del libro de Valéry y de la dulce presencia de Araceli para poder trabajar...»[17].
> «Oh, debo recordar ese radiante domingo, 15 de febrero. Toda una tarde de fiesta y música al lado de Araceli, y lo que ella dijo, y todos los pequeños incidentes llenos de sentido.

Esplá fue uno de los músicos que, como indica Rafael Ramos Folqués, hablaron con entusiasmo de la música del «misteri»: «Esplá consagróse al estudio de esta música, y puso su empeño en una nueva revisión de sus valores, que se tradujo en la inclusión de la *judiada*, suprimida durante más de medio siglo», *Leyenda del «Misterio de Elche*, Madrid, Gráficas Asín, 1956, p. 189. Esplá escribirá igualmente «El misterio de Elche», *El ilicitano*, IV, 159, 15-8-31. Otro Ramos Folqués, en este caso Salvador escribirá curiosamente el artículo «La Virgen de Araceli y el araceli de la Virgen», *Festa d'Elig*, nº 22, 1962. Contestaríamos así a la pregunta que se formula Jacques Nathan: «Il serait tentant de croire que c'est Araceli la mystérieuse destinataire de la dédicace en vers que Larbaud n'a pas conservée. Mais on voit peu comment le prénom de Queenie constituerait une allusion au sien», *op. cit.*, p. 39.

16 7-2-20, *op. cit.*, p. 144.

17 10-2-20, *ibid.*, p.146. Parecida impresión sentirá Marc al demostrar su interés por Queenie el primer día que la conoce.

Te demandant uniquement
L'amour, l'amour, l'amour!
¡Dios sea loado!»[18].

Esta exaltación algo adolescente ante una jovencita que acaba de cumplir los quince —recordemos que Larbaud tiene casi cuarenta— no deja de sorprendernos. El diario alicantino finaliza poco después precisamente por una reflexión sobre su actitud con las jovencitas y sobre Araceli que, por su importancia, reproducimos en su integridad:

> «Lo bueno es que ahora estoy trabajando seriamente en el ensayo biográfico sobre «la infancia y la juventud de Samuel Butler» y ello en medio de fiestas, entre un gentío alegre y un torbellino de disipación. Así los muchos placeres que experimento con la frecuentación de dos o tres preciosas muchachas —de las que Araceli es la reina— se encuentran en cierta medida atemperados por las horas que paso ante mi mesa de escribir. A veces experimento transportes de pasión delirante (como he escrito arriba) —cita anterior— y me siento muy feliz de flirtear gentilmente con jóvenes que me hacen confidencias, y que no tardan en responder a mis miradas, y (cuando estoy solo con ellas) a mis alusiones... Pero, por otra parte, permanezco mucho más dueño de mí de lo que podría suponerse. Es muy sano y sin duda una excelente higiene tanto para el corazón como para la mente. Por supuesto, me doy cuenta de que podría ir más lejos si yo quisiera; pero soy un caballero y no pienso aprovecharme de la inexperiencia

[18] *Ibid.*, p. 150.

de esas jóvenes —demasiado jóvenes—. No quiero decir que ellas me dejaran aprovecharme, pero hasta cierto punto, aunque sólo fuese por diversión, seguro que les gustaría permitirme hacer o decir alguna imprudencia; y aquí en España un beso tiene tanta importancia como una caricia en Inglaterra. Además, las circunstancias son tales, y ciertas personas a las que quiero y respeto, confían en mí tan entera y noblemente, que la sola idea de comportarme de otro modo a como lo hago, me pone enfermo. Recuerdo ahora cómo una noche, al bajarse del coche, besé a Encarnita L., estando su madre de espaldas a nosotros. Sí, pero entonces yo tenía diez años menos y las circunstancias eran distintas. Además, una mirada de Araceli es siempre para mí más dulce que un beso de Encarnita. Y sin embargo, aquel beso robado, fue tan sabroso que todavía lo recuerdo hoy»[19].

Aun siendo Araceli importante pues, de hecho, la jovencita Queenie —con quien coincide además en la edad— es un transfondo de Araceli, durante el mismo periodo del diario existen también numerosas alusiones a «Ella» y a su balcón, una joven al parecer más adulta, amante de la música, con la que se plantea un posible matrimonio llegando incluso a insinuar el mismo a la madre de Larbaud[20], pero contra la que luchará en aras a su independencia:

---

19 17 de febrero de 1920, *ibid.*, pp.150-1. Se refiere al beso furtivo que dio en el coche a la sobrina de Fermina Bosque en Barcelona y al que aludiremos después.

20 «Une lettre assez affectueuse de Mère, avec une allusion à *Ella*, montrant qu'elle commence à envisager la question avec plus de calme» (11-7-19), Mallet(ed.), p.180. Estando ya Larbaud de nuevo en Alicante, la posición de la madre volverá a ser hostil: «La manera que tiene M.

«¿qué puedo hacer ahora sino defenderme con todas mis fuerzas contra las consecuencias de mi pasión por *Ella*? Quiero decir, de sus posibles consecuencias. Una lucha por la libertad, llevada inconscientemente pero no por ello menos encarnizada. *Ella* debe saberlo»[21].

Para Anne Poylo, esta «Ella» es Margarita Bruquetas:

«En décembre 1918 Larbaud fait connaissance chez don Higinio Formigós Latorre de Margarita Bruquetas, magnifique brune de trente-quatre ans, bourgeoise, cultivée, musicienne. Enfin, une femme à sa mesure. Margarita (*Elle* dans le *Journal*) a balcon sur rue près de la calle Canalejas où depuis un mois Larbaud fait peau neuve séparé des Irles»[22].

Que este pronombre femenino no induzca a engaño al lector del *Diario alicantino* pues en el mismo aparecerá a lo largo de 1917 y parte de 1918 otra «Ella», que Cano destaca igualmente en cursiva o entre paréntesis, —mientras que en el texto original simplemente el sujeto está omitido o mantiene una caligrafía ordinaria— que nada tiene que ver con la anterior. Esta joven ocultada, con la que estuvo a punto de comprometerse durante la estancia en San Vicente, es identificada por Poylo como Rafaela Guardiola:

---

de maltratarme, de amenazarme con su testamento, no me ayuda a **cerrar el corazón**» (13-2-20), *ibid.*, p.144. De todos modos, como sabemos, Larbaud había ya tomado su decisión.

21 20-1-20, *ibid.*, p.140.

22 *Récifs*, nº8, 1986, p.118.

> «Il tombe amoureux à perdre l'esprit de Rafaela Guardiola Ortiz qui a quinze ans et ressemble à Marguerite de Faust; demande en mariage par une lettre glissée dans la corbeille à ouvrage de la demoiselle qui aime Oscar Esplá —qu'elle n'épousera pas— et dit non»[23].

No será de todos modos la primera vez que Larbaud se había planteado el matrimonio en Alicante, y, como en el caso de Rafaela, aludirá a esta situación cuando el asunto está ya zanjado, habiendo destruido las páginas que podrían referirse al mismo. Al menos en esta ocasión Larbaud nos permite saber que se trata de Dolores A.:

> «Olvidé anotar que la semana última, el viernes por la tarde, recibí noticias de Dolores A... (a través de D.J.M.M.).
>
> Era el epílogo, y lamento haber destruido mi diario de septiembre-noviembre últimos. Con lo que escribía entonces sobre ese asunto podía haber hecho una bonita novela con un final feliz. Sin embargo, no es completamente «la última palabra». Debo recordar esta fecha: 29 de abril. Ha sido ciertamente un extraño episodio. Al escribirme para anunciarme el resultado M. me da **la enhorabuena**. Personalmente yo no sé qué pensar. Veía el asunto como una novela y sentía al mismo tiempo que estaba ocurriéndome a mí [...] todo este asunto ha sido mi principal

---

[23] *Ibid.*, p.117. Ver fundamentalmente al respecto las páginas del Diario alicantino correspondientes a los días 29-9-1917, 25-10-17 y 19-3-1918. Jose Luis Cano indica también en la introducción el enamoramiento de Larbaud por la hija de su amigo Don José Guardiola, Rafaela, pero hace corresponder a ésta todas las referencias a «Ella» del Diario.

> preocupación desde fines de octubre hasta el 6 o el 8 de marzo de este año, aunque haya cesado de aludir a ello en mi diario. Ahora el problema ha terminado y bien terminado. Pero, ciertamente, volveré a verla una vez más para saber lo que *ella* piensa, y luego... Adiós! [...] Ella habrá jugado un gran papel en mi vida y yo en la suya. Aparte este lío que acaba de terminarse tan felizmente, mis mejores recuerdos de ella serán dos o tres visitas a la iglesia del Carmen, a la caída de la tarde...»[24].

Para Anne Poylo, la gestación de *Beauté* «dépend de deux rencontres: Rafaela et Margarita. Confrontés, le temps narratif (jamais Larbaud n'avait apporté autant de soin à le préciser) et le temps génératif se soutiennent dans une harmonie saisissante [...] À une unité de lieu créatrice (Alicante comme toile de fond de ce roman anglais) correspond une unité de ton romanesque. L'alchimie est soutenue par la *terreta*, son climat (il ne pleut pas souvent à Chelsea!) la charge sexuelle et sentimentale de ses femmes: la douce blonde, la brune piquante et les tentations matrimoniales de l'auteur»[25].

Dejemos de lado los clichés sexuales, que ni siquiera corresponden a las jóvenes del momento, para recordar que la liberalidad que podía permitirse o que se refleja en *Beauté* dista mucho de lo que las costumbres españolas, y concretamente de una pequeña ciudad de provincias de principios de siglo, podían aceptar.

---

24 11-6-17, *ibid.*, pp. 62-3.

25 *Op. cit.*, p. 119.

Volviendo a la configuración de *Beauté*, recordemos igualmente las palabras de Poylo: «Araceli-la-très brune, la source profonde, la *llaguita* dont le prénom apparaît dans l'acrostiche de la première dédicace de *Béauté, mon beau souci*, roman d'atmosphère anglaise qui contient une aventure avec Rafaela-la-très-blonde... Excusez du peu!»[26].

Dejemos que el lector descubra lo que de Rafaela y Margarita rezuma *Beauté* pues no queremos terminar esta introducción sin aludir al menos a la pequeña a la que el nombre de Queenie evoca: la Gwenny de «Gwenny-toute-seule», una de las deliciosas *Enfantines* de Larbaud[27]. En ella no sólo aparece la pérdida inevitable de la infancia y la inocencia, encontramos a la misma Ruby, encontramos el mismo Chelsea. ¡Cuánta magia se esconde, a través de esta bella transposición intertextual, en esta simple frase que Marc dirige a Queenie en *Beauté, mon beau souci*!: «à Chelsea, où il reste un peu de ma jeunesse et un peu de votre enfance, et le souvenir de la personne très chère que nous avons perdue»[28], y sin embargo todo se pierde si la «enfantine» no es conocida.

---

26 *Ibid.*, p. 117.

27 Valery Larbaud, *Oeuvres*, *op. cit.*, pp. 519-32. Esta «enfantine» no será publicada junto a las demás por deseo expreso del autor. Su amigo André Gide será el depositario y quien decidirá su publicación en 1949. Véanse los comentarios y notas de G.-J. Aubry y R. Mallet a esta obra, pp. 1229-30.

28 Valery Larbaud, *Beauté, mon beau souci* (édition de Jacques Nathan), *op. cit.*, p.195.

Está el bastón del caballero que la jovencita lleva con orgullo, está el beso que Marc da furtivamente a Queenie, dulce como los besos de la Ruby de «Gwenny», como el de Encarnita en Barcelona, recordado, como vimos, en el diario de Alicante.

Queenie está en Araceli, está en Gwenny, está en Encarnita, ... El proceso de creación es siempre complejo, y cuanto más complejo más maravilloso. En ello radica, entre otros considerandos, la calidad de una obra literaria, en ello radica la calidad de *Beauté, mon beau souci.*

Ángeles Sirvent Ramos
Catedrática de Filología Francesa
Universidad de Alicante

Tarjeta postal dirigida a D. Eduardo Irles C/ Segura, letra G. Alicante, fechada en Londres, el 27 de septiembre de 1918?

BELLEZA, MI BELLA INQUIETUD

A la ciudad de
Alicante
y a mis amigos Alicantinos
ofrezco esta novela
para mí llena de recuerdos
de la «Terreta».

V.L.
Alicante marzo 1920

Hiedra y cristal, y por doquier la tez rosada y delicada de los ladrillos bajo el negro tono bronceado, acumulado lentamente con el aire cargado de vapores, de humos y de atardeceres rojos... Calles tranquilas y que permanecen tranquilas a pesar de los transeúntes: como los muelles del río; como la calle de la iglesia que fue en el siglo pasado la calle mayor de un pueblo del extrarradio, cuyos árboles y verdes tierras baldías descendían hasta la orilla.

Pero la inmensa ciudad ha alcanzado el pueblo y se lo ha incorporado, y ahora la calle de la iglesia y la iglesia siguen en este barrio como restos valiosos del pasado, conservados con esmero en su sitio, y respetados: la calle sinuosa y la pequeña iglesia con un fragmento de su cementerio. Y hay otros recuerdos, más recientes: la casa donde vivió el profeta tonante y bramante por el culto a los Héroes (Una maldición cayó sobre ella: la convirtieron en museo). Pero todas las demás casas viven alrededor de ésta: incluso esa en la que vivió —lo dice una inscripción— aquel poeta encantador con el que sólo tropezamos de pasada por su obra, padre menesteroso de una familia numerosa, y que llevó consigo durante toda su vida, que fue una larga infancia, el recuerdo de las Antillas donde nació y la imagen de una niña de catorce años que vislumbró un día y que nunca volvió a ver.

Viven, pero encierran tal voluntad de calma y de paz que en este rincón de la ciudad parece que abismos de silencio separan todos los objetos, incluso los más cercanos unos de otros. En el siglo XVIII aquí se fabricaba alfarería; pero hoy, se cultiva aquí con cui-

dados infinitos, el preciado silencio. Aquí, cada cosa está aparte de todas las demás: los jardines, los árboles urbanos bajo su revestimiento de hollín húmedo, las capillas, los hospitales, las paradas de los taxis, todas estas cosas existen sin ruido, sin nada que deje ver al viandante su actividad. Todo está solitario y discreto; hasta los propios colores callan y requieren que se les mire con más atención que en otros lugares, y sólo desde muy cerca y los días de sol se percibe que el puente colgado en sus altos pilares como una guirnalda doble de una a otra orilla tiene su armazón pintado de verde. Y el río sólo se distingue de la bruma por un sordo fulgor de plata, o de cobre, según la hora. En el horizonte repleto de fábricas, un grupo de altas torres, una familia de Babeles negras marca los límites de la ciudad —si es que tiene límites— por el lado de Occidente.

Tumbado en un diván cerca de la ventana voladiza, en la planta baja, Marc Fournier disfrutaba del silencio de su barrio e intentaba explicárselo. ¿Cómo podían estar todas las cosas tan aisladas, sin resplandor, sin relación, sin que se oyeran sus voces? Y su pensamiento siguió la calle donde se hallaban la casa de Carlyle y la de Leigh Hunt, hasta su confluencia tras un brusco viraje con una calle más ancha, y allí, en la esquina, a la izquierda, había detrás de una valla negra, una villa deshabitada que dormitaba al fondo de su jardín, cuyas alamedas se desdibujaban, trasparentándose todavía bajo las hierbas y las flores como los acontecimientos de un sueño bajo las primeras sensaciones del despertar. Allí era donde, con la

complicidad de todo el barrio, al amparo de ese tenso silencio deseado por todos sus habitantes, la naturaleza se resarcía, recobraba todas sus costumbres, mezclaba todos sus crecimientos, sellaba con paciencia y terquedad un pasado humano, una historia humana cuyas huellas seguían tal vez visibles en la arena cubierta de hojas y de tiernos tallos, y lentamente, regularmente, como una pulsación, las tres notas salvajes y apasionadas de un pájaro invisible caían en el silencio de sombra y oro. Y allí era donde, sin duda, se habían refugiado las antiguas y pequeñas divinidades proscritas, las de la orilla, las que protegían a los alfareros, las de la fragua y del prado municipal, todas las ninfas y las hadas de Chelsea. Y era mucho más importante que el recuerdo sombrío de los grandes hombres que antaño moraron allí. Esto convertía este barrio en un país feérico: se percibía muy bien por este silencio de ensueño, por esta luz suavizada por el agua y la vegetación, fundida en la bruma sutil en la que todas las formas aparecían y desaparecían de pronto con algo así como este gesto: el dedo sobre los labios.

«Sí, pensaba Marc, antaño éste era el barrio de la gente de letras, y ahora el de los pintores: esto explica que uno se tropiece aquí y allá con un grupo de modelos: unas niñas morenas, con grandes zarcillos redondos debajo de la cofia blanca abierta como un libro... Pero, qué puede explicar este silencio y estas dulces presencias invisibles y esta tranquila pantomima de las calles que simulan estar desiertas, si no es...»

En ese preciso instante aparecieron las Hadas. Se produjo un débil ruido de cascabeles, de risas y

tamborines, y dos carros llenos de personajillos disfrazados pararon delante de una puerta, al otro lado de la calzada, frente al muelle.

Alrededor nada se extrañó, y la tarde de aquel sábado de mayo siguió con su vida pensativa, tan indiferente ante la llegada de las Hadas como lo había sido unas horas antes al suspenderse el trabajo semanal, ese cataclismo que arrastraba a millones de seres humanos que huían de su trabajo, lejos del centro de la ciudad. Y Marc vio que las Hadas deseosas de mostrarse a plena luz, se habían disfrazado de personajes de la Comedia italiana. Arlequín fue el primero en bajar del carro, y Colombina apoyándose el espacio de un segundo en su mano levantada, saltó a pie juntillas desde el estribo a la acera. Los demás siguieron, y la última en bajar fue una pequeña «Folie» blanca y azul con antifaz de raso blanco que se acercó hasta la extremidad de la acera y agitó su cetro con lazos azules y blancos en dirección a la ventana desde donde Marc la estaba mirando. Entonces corrió a reunirse con sus compañeros y juntos entraron en la casa ante la cual habían estacionado sus carros.

La señora Crosland entró en la habitación, se acercó a la ventana y asomándose por encima del diván, separó la cortina.

«¿Ha visto a Queenie?, le preguntó a Marc. Sí, ha debido llegar con los demás. Va disfrazada de «Folie»; un traje muy bonito que le han prestado las damas patrocinadoras. ¡Ah! ¿no se lo había dicho, Marc? Se trata de una sorpresa que esas damas proporcionan de vez en cuando a los convalecientes de los hospita-

les: una idea muy caritativa... A pesar de nuestro duelo, no he querido que mi hija rechazara esta invitación. Queenie me ha prometido que vendría después de la visita.»

«Edith, ¿cree Vd. que podrá quedarse un rato y tomar el té con nosotros? ¿No le importa prepararlo aquí?»

La señora Crosland dejó a Marc solo durante un rato y volvió con el juego de té.

«Espero que no le importe, Marc, ya que me ha manifestado muchas veces que le gustaría conocer a mi hija. Hubiese querido presentársela antes; pero realmente no he tenido la oportunidad de hacerlo. Y, salvo aquella noche en que tropezó con nosotras cuando yo la acompañaba a casa de su tía...»

Llamaron a la puerta y al momento entró la «Folie» azul y blanca haciendo tintinear todos los cascabeles de su falda, con el rostro ya descubierto, las mejillas sonrosadas y sus ojos azules brillando entre la maraña de hilos rubios. Tiró su antifaz y su cetro sobre el diván que Marc acababa de abandonar y después de que la señora Crosland le diera un beso, se acercó a Marc con la mano extendida:

«¿Cómo está Vd?»

Y Marc Fournier, a punto de cumplir veinticinco años, se sintió ligeramente descontento consigo mismo al averiguar que a pesar de lo que él denominaba su experiencia, no había aprendido a disimular su turbación y su confusión cuando se hallaba en presencia de una chica muy bonita. Llegó incluso a desear no volver a experimentar tal turbación.

Pero cuando se vio sentado entre la deslumbrante aparición y la mujer que no le negaba nada, y al pensar que al fin y al cabo la deslumbrante aparición no era más que la hija de esta mujer, recobró su sangre fría y su lucidez y se puso a hablar sin preocuparse de su acento extranjero, atento solamente a no llamar «Edith» a secas a la señora Crosland delante de su hija. Y en seguida, contestando a una de las preguntas que él le hizo, el Hada empezó a contar cómo se había disfrazado y con qué prisa hubo que descoser y volver a coser para ajustar el traje demasiado estrecho. Reía y por momentos su voz subía más alto de lo que ella hubiera querido. Pero sus gestos, mientras cortaba las tostadas y las acercaba a su boca, permanecían tranquilos. La viva blancura de sus manos y de sus brazos contrastaba con la blancura dura del mantel; pero sendas blancuras parecían haber sido hechas la una para la otra y de toda la persona de Queenie se desprendía una impresión de vida sana, delicada y limpia. Era todo lo dulce, todo lo tersa y pura que puede llegar a ser una criatura humana. Finalmente Marc aguantó el resplandor de aquel rostro en el que vio la misma salud, la misma dulzura, la misma pureza, vivas, habladoras y observadoras. Le brillaba hasta el blanco de los ojos y unos instantes más tarde, mientras la taza de la que estaba bebiendo escondía el resto de su rostro, se encontró con los ojos tranquilos, de un azul lejano y puro, y en seguida recordó aquel lied en el que el poeta dice que al pensar en los ojos de su amada, un océano de pensamientos azules sumerge su alma:

Ein Meer von blauen Gedanken...

Marc no estaba todavía muy seguro de sus gustos en poesía y recordó haber dicho precisamente a propósito de la misma que se asemejaba demasiado al estilo de las postales de tema sentimental. Pero casi al mismo tiempo evocó otras miradas cuyo recuerdo le había perseguido días enteros, miradas de cruel ternura, concedidas como una limosna o como una promesa que sabemos no se cumplirá: miradas de muchachas acompañadas, de mujeres sentadas al lado de un hombre, miradas de jóvenes desposadas de viaje... En los ojos de Queenie sin embargo sólo había alegría, franqueza y algo así como una vaga y dulce ensoñación.

Algo incómodo, desvió la mirada hacia la señora Crosland, y le agradeció el que siguiera pareciéndole atractiva y el que sus treinta y ocho años pudiesen aguantar la comparación con los quince —¿seguro que eran quince?— de su hija. Eran los mismos ojos, menos vivos, menos alegres pero más tiernos. Y cuando agachaba un poco la cabeza como lo estaba haciendo, la pureza y la blancura de su tez, la curva de sus mejillas exhalaban un soplo de infancia y de ingenuidad que seguía turbándole.

Pensó: «¿sospechará que las estoy comparando? No se atreve a mirarme: ¿está pensando en nuestro secreto y tal vez se esté sintiendo incómoda por verme a su lado en presencia de su hija? ¿Y acaso Queenie puede sospechar...?»

«¡Vaya! Se han ido sin mí, exclamó el Hada mirando hacia la ventana. ¿Qué hago yo ahora? No puedo salir a la calle vestida así.»

Pero todo se solucionó. Salió Marc, se oyó la pitada del portero y al cabo de un rato un taxi paraba en la puerta. Marc, vestido para salir, volvió diciendo:

«Acompañaré a Queenie, señora Crosland.»

En tres saltos y con un bonito tintineo de los cascabeles y el crujir del raso arrugado, la «Folie» se acurrucó en un rincón del coche y Marc se instaló a su lado. La propia señora Crosland se acercó para indicar las señas al chófer y, mientras el coche arrancaba, Queenie bajó el cristal por el lado de su acompañante y apoyándose con una mano en la puerta se puso a agitar su cetro hasta que una curva le tapó la casa. Marc subió la ventanilla y esforzándose un poco para sonreír, dijo:

«¿Es tu[1] nombre, Queenie?»

«Sí, ¿por qué no?»

«Pensaba que podía tratarse de un apodo cariñoso que utiliza tu madre.»

«No, no. Me llamo Queenie.»

Sonrió con tanta ingenuidad que Marc ya no tuvo que esforzarse por sonreír. Susurró:

«Queenie...»

Y al instante se hallaba tan cerca de ella que el claro y bello rostro y los ojos azules ya no eran más que una sola mancha fresca ante sus ojos, y sus labios rozaban los dulces labios húmedos y sentía pasar su leve aliento por sus bigotes. Queenie tuvo un primer

---

[1] Nota del traductor: en el original el tratamiento empleado por los dos jóvenes es el «Vd», pero entre un joven de 25 años y una niña de 14, parece que en España se impone el tuteo, incluso a principios de siglo.

impulso de rechazo, pero inmediatamente devolvió el beso, valientemente, cerrando los ojos con arrebato y torpeza. Luego intentó decir «No», como una niña: «N...n...no» y Marc cediendo a la presión de su codo, consintió en separarse de ella. Pero cubrió con su mano la manita que descansaba en el cojín. Dijo:

«Espero que no se te haga tarde.»

«Espero que no; supongo que me esperarán.»

Todos los pensamientos de Marc brotaban del seno de una gran alegría tranquila. Entonces era cierto, la deslumbrante aparición, el Hada, la joven «Folie» blanca y azul, la había estrechado entre sus brazos, y ese rostro hacia el cual apenas osaba levantar los ojos hacía sólo media hora... ¡Ah! Al fin y al cabo no era más que una pequeña mortal, pero una pequeña mortal tan dulce. Después se reprochó el sentirse tan turbado y el concederle tanta importancia a lo que acababa de hacer. Pensó que seguía siendo como un colegial a pesar de sus veinticinco años y que un hombre de su edad que besaba a una muchacha tenía que hacerlo de forma deliberada e, incluso, casi de forma distraída. Los verdaderos seductores debían seguramente tomarse un primer beso con la misma calma con la que un empleado de correos oblitera un sello. Pero ¡cómo! esta niña aparentaba menor turbación que la suya.

... ...

Para Marc, que él pudiera gustar a una mujer, o al menos que una mujer dejara que él la amara, era motivo de asombro y siempre que este hecho se le ha-

cía evidente, su inclinación era creer que era por el efecto de la casualidad, de un milagro y que este fenómeno insólito no volvería a producirse jamás en su vida. No porque careciera de fatuidad, pero su fatuidad no pasaba de ser superficial, y se juzgaba en el fondo con severidad y carecía de confianza en sí mismo.

Y no se equivocaba del todo. Porque si hubiese prestado más atención, habría comprendido que a los ojos de la señora Crosland, al principio, había supuesto sobre todo lo siguiente: la ocasión. Pero ser una ocasión en la vida de una mujer ya es mucho; y tal vez incluso al observar con más detenimiento y profundizando más en la reflexión, habría hallado en el propio carácter de Edith la explicación —más o menos halagadora para su amor propio— del auténtico afecto que sentía hacia él. Una vez llegó a pensar: «Toda su vida se resume en esto: una ensoñación confusa y casta y... a alcoba.» Pero no era tan sencillo. La señora Crosland de entrada tenía muy clara conciencia de su edad. Seguía siendo muy atractiva, pero ella no dejaba de saber que ciertos días no podía, a semejanza de la heroína de Maynard[2], «consultar con su espejo con ojos contentos». Sin duda, no se marchitaban todavía «ni sus azucenas, ni sus rosas», pero era evidente que el «invierno de su vida» ya no sería «su segunda primavera»; y era consciente de que no detentaba el derecho estricto a la posesión exclusiva y duradera de un amante de veinticinco años. Era una especie de hurto que le

---

[2] Nota del traductor: Maynard (François), poeta francés (hacia 1582-1646), discípulo de Malherbe.

hacía a la Naturaleza y al Tiempo. «Las aguas sustraídas son más dulces y el pan comido a hurtadillas tiene más sabor.»

Por otra parte, poseía un temperamento novelesco y necesitaba rodear las realidades del amor con toda una nebulosa de sueños y de imágenes brillantes. Su vida era a un tiempo lo que ella sabía que era, y otra vida que acontecía en un plano superior, en la región de todos los refinamientos del lujo, del espíritu y de la pasión. Lo más curioso era cómo conseguía hacer coincidir estos dos planos y cómo sabía saltar de la reserva, incluso de la mojigatería más completa, a un abandono desenfrenado consiguiendo a veces reunir dentro de sí misma en el mismo instante, «a la santa y al demonio». También poseía un cierto sentido de lo pintoresco. Así pues, amaba a Marc (creía que le amaba cuando en realidad sólo sentía hacia él una atracción afectuosa), le amaba entre otros motivos porque había nacido y se había criado en el Continente. Era, a sus ojos, un hombre «de otra raza», un tanto misterioso, un poco desconcertante, pero sin duda alguna, más tierno y más atento que los que había conocido hasta entonces. Y cuando el domingo por la mañana Marc salía para dirigirse hacia la pequeña capilla católica y romana para oír misa, se exaltaba soñando con aquellos países que nunca había visto: Francia, Italia, España, aquellas naciones ardientes, novelescas y repletas de una corrupción refinada. Y Marc que había descubierto esta inclinación de Edith, se divertía hablándole de las noches de Italia, contándole escándalos parisinos y describiéndole corridas de toros.

Le gustaba descubrir en ella esta simpática curiosidad y la consideraba como una muestra de apertura de espíritu. Sin embargo, al lado de esto, demostraba un gusto enojoso hacia lo que ella llamaba «la vida intelectual». Había leído mucho y sobre todo novelas, algunas de las cuales le hicieron descubrir la existencia de grandes cosas vagas, tales como la Estética, la Psicología y las doctrinas y problemas cuyo conjunto constituye lo que se puede denominar el mundo del pensamiento. De modo que este mundo, esta vida del espíritu, se le antojaba como el lujo supremo, y se había impuesto la tarea de penetrarlo, argumentando que adornándose con estos conocimientos saldaría una deuda consigo misma. Pero había fracasado y cualquiera en su lugar, actuando de este modo, habría fracasado. Tan sólo sorprendía comprobar que habiendo leído tantos libros, se tomara todavía tantos en serio. Además, lo mezclaba todo y su cultura libresca presentaba muchas lagunas. Esto, sin embargo, no le impedía a veces dejar adivinar a Marc que lo consideraba algo inferior desde el punto de vista intelectual. Cierto día hasta llegó a decirle algo así: «Esto son ideas generales, y Vd. y las ideas generales no se llevan muy bien. Es demasiado subjetivo...» A lo cual Marc, molesto, no pudo evitar contestar: «Mire, Edith, deje ya a sus filósofos y limítese a leer libros que le distraigan.» —Pero, ¡bueno! ¡es puro hedonismo!— Tenía razón: era hedonismo; pero Marc se preguntaba si conocía el sentido exacto de esta horrenda palabra y si no era que creía en la existencia de un filósofo de nombre Hedon. Desde entonces, la dejó divagar y citar en una

misma frase a Swedenborg, Kant y Bergson, tal como lo hacía de vez en cuando. Llegaba a ser conmovedor: ante la vida intelectual era como una niña delante de un piano que no sabe tocar pero que se maravilla al conseguir un acorde dándole a las teclas al azar.

Pero éste era el único defecto de una mujer encantadora y muy femenina: una pequeña dosis de pedanteria nórdica. Exceptuando su relación poco fructífera con los libros, poseía un espíritu rápido, claro y vigoroso. No en vano llevaba la misma sangre del pueblo que ha dado al mundo los más grandes humoristas. De este pueblo poseía la finura, la vis cómica y la gracia en la expresión. Sabía captar la faceta ridícula de un objeto o de una situación y expresarla de forma sorprendente. Como quien no quiere la cosa, se mostraba a veces terrible y no se salvaba nada, ni siquiera Marc; Entonces él, contento al verla disparar tan conseguidos dardos, en lugar del sobrio y enérgico «good!» que ella esperaba, le lanzaba exóticas exclamaciones como: «¡Adelante, pequeña!», y «¡Anda, mujer!» que la hacían sonrojarse y sonreír, como si su instinto le hiciera reconocer la elocuencia sensual del tuteo.

Era dulce, sí, el pensamiento de esa dulce mujer que le esperaba en su casa velada en hiedra, al fondo de ese barrio extraño que inundaba la bruma tibia y dorada de la tarde. Pensamiento tranquilo, reconfortante y púdico: «A mí tambien, me esperan.» ¿Qué puede faltar a la felicidad de un hombre de veinticinco años que tiene para distraerse los espectáculos de la ciudad más grande del mundo a su alrededor, un tra-

bajo que no le aburre, una casa apacible y el pan de cada día y el calor de un seno? «Muchacho sentado frente a mí y tan bien acompañado, no tengo nada que envidiarle. Quizá nos encontremos esta noche, vecinos en el patio de butacas del nuevo teatro frente al ayuntamiento de Chelsea, y sabrá entonces que no tengo nada que envidiarle. Ellas, incluso, se parecen un poco. Si coincidimos como he dicho, esta noche, haremos como que ignoramos hasta nuestra existencia; pero ellas, nuestras damas, se mirarán: dos mujeres, cada una escoltada por el respeto y la ternura de un hombre, cada una ejerciendo un dulce poder en la vida de un hombre y ambas amadas y servidas, conocedoras de las mismas alegrías e iniciadas en los mismos misterios. Quizá lleguen incluso a compararnos. Pero, ¡maldita sea! Me atrevo a decir que no temo esta comparación.» Y he aquí donde se encontraba Marc: en esa aldea del Mapa del Amor[3] llamada Posesión-Apacible.

Sin embargo, desde hacía dos o tres domingos de verano, un nuevo pensamiento intentaba suplantar en su mente el pensamiento de Edith mientras regresaba a casa. Existía ahora en el mundo un nombre maravilloso: Queenie. ¿Cómo pueden ser tan bellos algunos nombres? ¿Quién puede explicar el encanto que poseen para que no nos cansemos de pronunciarlos al estar solos, y de repetirlos mentalmente en medio de la muchedumbre, e incluso para obligarnos a veces a es-

---

[3] Nota del traductor: juego amoroso expresado mediante alegoría, utilizado durante el siglo XVII por la literatura preciosista y cuyo origen se remonta a los autores del *Roman de la Rose.*

cribirlos en los márgenes de un cuadernito o en las páginas de un calendario, con mucho esmero, separando las letras y simplemente para mirarlos? Y es que Marc repetía «Queenie» por encima de todos los ruidos de Londres, pudiendo apenas creer que había tenido la dicha de llamar por este nombre a la que era Queenie, y que aún gozaría la dicha de volver a decírselo. Qué superior se sentía a los que no la conocían y que al verla no conocían el secreto de su nombre y ¡qué lástima le daban aquéllos para quienes sólo era la «señorita Crosland»! Y si hubiesen podido saber, pobre gente, que esta preciosa criatura tan despreocupada, tan dueña de sí misma, con tanto vigor y tan capaz de hacerse respetar —suponiendo que a alguien se le hubiera podido ocurrir faltarle al respeto— si hubiesen podido saber que la «señorita Crosland» permitía que él, Marc Fournier, la besara y que le devolvía sus besos cada vez que se encontraban a solas, ¡juntos! Y que el domingo siguiente, una vez más, durante unos segundos robados a la vigilancia de una madre y de una amante, esta criatura estaría entre sus brazos como una mujer amada y que ama.

Pero acaso ¿se amaban realmente?, o ¿quizá, en el fondo sólo amaban los besos que se daban? Cosa curiosa: No se habían dicho nada todavía. Desde luego, tampoco tenían tiempo de hacerlo: en cuanto la señora Crosland los dejaba solos un instante, o cuando se las arreglaban para encontrarse (esta ocasión se presentaba principalmente durante la preparación de la merienda), sin mediar una palabra se acercaban el uno al otro para uno de esos besos, mudos,

jadeantes, tan suaves y casi dolorosos por el temor a verse sorprendidos.

... ...

Marc y las dos gacelitas caminaron primero en silencio y separados los unos de los otros en la calle vacía que presentaba el aspecto despavorido y resignado de los domingos de verano. Pero en la primera curva, Queenie se colocó al lado de Marc y le dijo riendo:

«Ahora, Marc, déjame llevar tu bastón, por favor.» Se lo dio, emocionado porque lo había llamado por su nombre. Era la primera vez. Y al mirar a Ruby comprendió por la sonrisa que recorrió su mirada que conocía todos sus secretos. Le invadió un gran orgullo mientras Queenie caminaba a su lado con paso firme y rítmico, llevando su bastón como un joven paje que llevara la espada de su Señor. Todo el mundo podía darse cuenta de que esta radiante criatura era su «muchachita», la suya, leal y fiel.

... ...

Otra semana de espera. Marc se avergonzaba un poco al darse cuenta de hasta qué punto esta niña le importaba. ¿Quién sabe si algun día Queenie en su recuerdo sería simplemente una más entre miles de bonitas londinenses de faldita corta y melena en la espalda, una de aquellas «flores de la ciudad de Londres», tan admirablemente evocadas por el místico William Blake, pero al fin y al cabo «just a flapper» y nada

más? ¿Acaso no poseía ya todo lo deseable para su descanso? ¿Una mujer amable y atenta a su bienestar? Pues no; estaba esta llamada ruda, salvaje y melodiosa de la juventud de Queenie en su corazón, igual al canto del bello pájaro solitario en el jardín de la villa desierta. Y sin embargo, se trataba de una aventura tan banal que apenas se atrevería a contarla, en pocas palabras, a un amigo. Bueno, pero ¿y si la complicara un poco? Ahora que ya tenía asegurado el afecto de Queenie ¿por qué no intentar conquistar a Ruby? Le había parecido menos bonita que Queenie, pero más posada, más mujer a pesar de estar menos desarrollada. Esa pequeña frente abombada, esos ojos y esa boca que parecía ofrecerse y por encima de todo esa nuca esbelta debajo de los negros rizos... Sí, la cosa podía resultar divertida y, después de todo, posible.

Mientras iba andando entre la muchedumbre, por Oxford Street, seguía perezosamente esos pensamientos cuando de pronto un espejo en la entrada de una tienda, le devolvió el reflejo de su imagen de pie. Aprovechó para colocarse bien el sombrero mientras se miraba no sin cierta satisfacción. La boda entre un lionés y una milanesa había dado un fruto bastante conseguido. Un buen mozo alto y esbelto, tan sólido y con un saber estar tan correcto como cualquier «Arthur» o «Johnny» de Pall-Mall o de Picadilly, pero con unas muñecas y unas extremidades más finas y un resplandor en los ojos que ellos no poseen. A pesar de sus orígenes comerciales poseía esa característica de aristocracia, ese aire —no se sabe si hay que llamarlo deportista o un tanto rústico— esa tez coloreada y esa vigo-

rosa sencillez en los ademanes que distinguen a los hijos de la alta burguesía de la especie puramente ciudadana de los horteras y de los bohemios. Antes de peinarse de nuevo, se alisó el pelo negro separado por una raya mediana y que llevaba muy aplastado, como un solideo de Pierrot, siguiendo la última moda de Buenos Aires, donde acababa de pasar unos meses. Y, silboteando una canción de Fragson, reemprendió su marcha en dirección a Oxford Circus.

... ...

Pero desde hacía unos cinco meses, Queenie había dejado de escribirle y había estado esperando tanto tiempo una respuesta a la carta que le había enviado poco después de su llegada a Londres que había renunciado casi a verla antes de su partida, ya que sus negocios le obligaban a volver al Continente en unos pocos días. Y resulta que ahora tal vez no acudiría a la cita que él le había fijado.

«Estoy segura de que no me equivoco. ¿Señor Fournier?»

«Oh, ¡Queenie!... Señorita Crosland; ¿Cómo está Vd?»

Había crecido tanto que apenas la reconoció; pero en seguida encontró –tal como lo había amado antaño– el gran país tierno y claro de sus ojos azules.

«Discúlpeme, llego tarde. Pero trabajo hasta las seis.»

«Oh, no pasa nada. Nos da tiempo de ir a merendar a un bonito lugar que tal vez no conoce todavía; es

muy reciente. Es un sótano con unas salas pequeñas y silenciosas, alfombras tupidas, apartados misteriosos, lamparitas con velos de seda rosa y bonitas camareras vestidas de forma impresionante. Ya verá, está cerca de Piccadilly.»

Dijo «Oh, Piccadilly», con una sonrisa triste que provocó en Marc una mirada sorprendida. Tenía razón: iba vestida demasiado modestamente para que Marc la pudiera llevar a esa elegante casa de té. Es más, iba vestida incluso pobremente. Intentó arreglar su metedura de pata:

«Es verdad, está lejos y estará cerrado cuando lleguemos. Vayamos pues sencillamente aquí cerca, en Edgware Road.»

Y allí fueron.

«Y ahora, Queenie, sírvanos el té. Cuando lo haya servido, y ya que tenemos la suerte de estar solos aquí, ya me lo contará todo.»

«Todo ¿qué?»

«Pues todo lo ocurrido desde que ha dejado de escribirme, y cómo puede ser que la encuentro...»

«Tan pobre, ¿verdad?»

«Oh, no quise decir esto. —Realmente ¿es tan pobre? ¿Pensaba que habría heredado algo de su madre?»

«Cuando murió, mi madre ya no tenía nada. Cuando nos conoció vivía del capital que había dejado mi padre.»

Marc bajó la vista. Esto explicaba muchas cosas. Así pues, no le habían amado sólo por él mismo; y había una segunda intención cuando le suplicaban que se

quedara... Efectivamente, él era quien, como es natural, cubría las necesidades domésticas... Sí, pero Edith había sido tan ahorradora, había velado tanto por sus intereses, sobre todo había escondido tan hábilmente aquel hecho terrible, que estaba gastando su capital, sin pedir nunca nada para ella, haciendo incluso pequeños regalos. Después de todo, aquel asunto no había sido tan malo para el amor propio de Marc.

«Me habría quedado en América si mi primo no se hubiera empeñado en casarse conmigo. Pero yo no podía consentir aquello. Un hombre cargado de manías, autoritario y *cargante*. Y *enfermo*, *añadió con* una expresión de horror. Y ahora lamento no haberlo aceptado !Pero ya es demasiado tarde!

«¿Por qué?»

Ella calló y le miró con aire desconfiado. Luego sonrió recordando tal vez ciertas cosas; y entonces, se decidió y empezó a hablar. De este modo Marc se enteró de lo que una mujer hubiera llamado «la culpa» o «el pecado» de Queenie Crosland, y que él llamó su desventura: Había dado un habitante más a la ciudad más grande del mundo. De esto hacía seis semanas; pero, por fortuna, Dios en su misericordia ya había llamado a Él a aquel pobre pequeño ser que se había extraviado en este mundo. Fue en el momento en que empezaron sus problemas cuando dejó de escribir a Marc. Su tía la había echado a la calle y se había quedado sin el trabajo de mecanógrafa que había encontrado al volver de América. Además, había pasado semanas en una clínica de reposo...

«¿Y el padre de la criatura?»

«Se fue, gracias a Dios. Supongo que no era más cobarde que otro cualquiera; pero se fue muy lejos, a África, después de decirme que me escribiría, pero ya no he vuelto a saber nada de él y no creo que escriba nunca. Y más vale así, porque su hijo ha muerto ¡Oh no! No lo quería. Fue una tontería, un error ¡Qué tristes eran aquellos paseos del domingo y aquellas citas en el arrabal! Apenas si lo conocía; no sé cómo pude consentir. Casi nunca pronunciaba una palabra, pero sentía su pensamiento mientras caminaba junto a mí; a veces se ponía tembloroso; y entonces me daba lástima. Pero en todo esto, no hay un momento, ni un solo momento, que recuerde con agrado. Y se fue como un ladrón. Bueno, gracias a Dios, todo acabó.

«¿Y ahora?»

Marc se dio cuenta de que había llegado al punto más doloroso de su confesión y puso en la mirada que acompañaba su pregunta toda la ternura y toda la amistad de las que era capaz.

Ahora... Esto es: cuando salió de la clínica de reposo, sólo le quedaban unas cuantas libras y no sabía qué hacer para salir adelante. Entonces aceptó lo primero que encontró. No se atrevía a buscar otro puesto de mecanógrafa: no podía presentarse con la ropa que tenía; había abandonado la casa de su tía tan apresuradamente que no pensó en llevarse nada más que su dinero. Había dejado allí sus vestidos y todas sus cosas y por nada del mundo habría vuelto para reclamarlos. Además, su tía no le hubiera dejado traspasar el umbral. Así fue como aceptó un puesto que encontró por casualidad, el primero que se

presentó. Un puesto casi de criada. Bueno, tenía que confesarlo: de criada. En un restaurante de Praed Street, cerca de la estación de Paddington. ¡Dios mío! ¿Qué habría pensado su madre? ¡Ella que pensaba que nada era demasiado bonito para su Queenie! Ella misma tenía la impresión de que no podía ser verdad, de que iba disfrazada y de que ejercía esta profesión, de broma.

«A veces, imagino que los clientes y yo, y las demás empleadas, somos niños jugando a las casitas y no puedo evitar sonreír pensándolo. Pero ¿qué diría la gente que me conoce?»

«¿Y vive...?»

«En cuanto encontré este trabajo, compré algunos muebles y alquilé un cuartito en Harlesden.»

«¿Cómo?»

«Harlesden. Pasado Kensal Rise. En aquella dirección.»

¡Qué dulce era su voz y pura su pronunciación!

En sus labios, Harlesden, el nombre de aquel barrio perdido en los confines de la ciudad y de los arrabales, se hacía tan melodioso que se hubiera podido creer que era el nombre de uno de aquellos lugares encantadores que han celebrado los poetas.

«¿y vive allí sola?

«con la dueña de la casa. No hay más inquilinos.»

¡Ah! es verdad; hasta estos últimos días no vivía sola; tenía un compañero: un pobre perrito que encontré en la calle, una noche volviendo de Paddington; tenía un aspecto tan desgraciado y tan sucio: «salvaje, lanoso y lleno de pulgas.» Me lo llevé a casa. Lo lavé

bien, lo cuidé y parecía acostumbrarse a mí y he aquí que él tambien me ha dejado.

«¿de verdad, de verdad, vive sola?»

«¡Oh Entiendo!¿Cómo ha podido cruzar por su mente un pensamiento así después de saber lo que me ha pasado? Claro, me lo merezco; no se disculpe, señor Fournier; no, ahora todo ha acabado. Antes de aceptar las proposiciones de un hombre, me dejaría morir de hambre, me tiraría al canal. ¿es que no lo puede entender? ¡Volver a pasar por donde he pasado! Además, ahora, tengo que salir adelante. Dentro de diez semanas, cuando se acerque la Navidad, habré ahorrado lo suficiente para comprarme un vestido decente, entonces pondré un anuncio en el «Daily Telegraph» y podré presentarme para solicitar un puesto en un despacho. Podría ganar así ocho, incluso tal vez diez libras al mes. Me he fabricado una especie de teclado con cartón y por la noche, al regresar, practico para no perder velocidad. Poquito a poco podré ir ahorrando lo suficiente para comprar una máquina de segunda mano. Tal vez dentro de dos años ya me la pueda comprar; y entonces podré trabajar tambien a domicilio. El alquiler de mi habitación es tan poca cosa; ¡tambien es verdad que está tan lejos! Pero cuando gane más me aproximaré al centro y asi ahorraré sobre el precio del ómnibus. Espero que dentro de tres años habré empezado a vivir más desahogadamente. Podré tener incluso un perrito o unos pájaros y seré, entonces, la perfecta solterona, ¿verdad? ¡Ya ve que tengo demasiadas cosas en las que pensar —todos estos grandes proyectos ambiciosos— para tener tiempo de estar

triste e intentar encontrar a alguien que me consuele! En estos momentos, odio a todos los hombres.

«Haga una excepción conmigo, señorita Crosland. Pero me odie o no, tengo que decirle lo siguiente: Sabe cuanto apreciaba a su madre (Marc y Queenie bajaron la vista). Pues bien, quiero hacer por Vd. lo que ella haría si siguiera aquí. Se lo ruego, no me dé las gracias, señorita Crosland. Considere, si quiere, que no lo hago por Vd., sino por su madre, cuyo recuerdo venero. Permítame ahora acompañarla a Harlesden.»

«¡No, no lo hará! Lo que quiero decir es que podría dar motivo a mis vecinos para murmurar; la dueña de mi casa se formaría una mala opinión y si investigaran... No, se lo ruego, no venga.»

«Una vez más se lo pido como amigo de su madre. Además, no es tan tarde para que mi visita, que será muy corta, llame la atención de la gente, y si sigue negándose, pensaré que esconde algo.»

«Sí, he merecido oír lo que me está diciendo; bien, pues venga.»

Salieron a Edgware Road.

«¿No se le ocurrirá coger un taxi, señor Fournier? No tienen costumbre de verlos allí. Además, le costaría al menos doce chelines ir y volver.»

«No importa. Diga la dirección y suba. Le diremos que pare a cierta distancia de su puerta.»

En cuanto estuvieron instalados dentro del taxi, —ella tan alejada de él como pudo— el primer impulso de Marc fue cogerle la mano, pero se reprimió. No: Ya que se proponía ayudarla, es decir, ya que iba a darle dinero, ponía su pundonor en respetarla. Sí, in-

cluso si parecía dispuesta a ver en él algo más que un amigo y a demostrar que recordaba sus antiguas relaciones —con más motivo en este caso—, se comportaría hasta el final como un caballero; aunque tuvo que reconocer que no parecía inclinarse por ver en él algo más que un amigo.

«¿Acaso no tiene nada que pueda constituir una prueba de que le había prometido casarse? Tengo un amigo abogado...»

«Primero pensé en algo así. Pero no; ni un trocito de carta. Pero aunque tuviera alguna prueba —porque me había hablado de matrimonio y era asunto convenido entre nosotros— no querría atacarle: el asunto podría trascender, o publicarse en los periódicos. Si el niño hubiera vivido... pero ahora ¿para qué? Además, realmente, ¿acaso valgo menos que antes?»

«Oh no; puede que incluso valga más.»

Y pensó: «Sí, en el fondo es como una gran pérdida de dinero para un hombre, a los ojos del mundo vale menos, pero moralmente, puede incluso valer más si ha aprendido la lección», y empezaba a darse cuenta de que su joven amiga había aprovechado la lección recibida.

«Oh, ¡cuánto tiempo hacía que no me subía en un taxi!»

Marc reconoció las inflexiones que tenía su voz cuando todavía era ignorante y feliz. ¡Ah! Cuánto la había... no, no «amado»; pero casi. ¡Oh! La llamada de aquél pájaro invisible en el jardín abandonado, y... aquel contacto tan suave, un poco duro, tibio y oloroso, cuyo recuerdo conservaban sus labios; aquel tiem-

po en el cual ella era la pequeña ninfa Echo, todavía medio prisionera del mármol, todavía medio aprisionada en la dureza de la infancia. No, no debía pensar en aquello: ya no era la misma persona, y ya no era para él ya que iba a darle dinero, ya no era Queenie. Era la señorita Crosland.

«¿Cuánto me va a dar?», preguntó como una respuesta a lo que él estaba pensando.

Marc, sorprendido, balbuceó:

«Pero... lo que juzgue necesario.»

«Es porque quiero devolvérselo lo antes posible, aunque sea con pequeños pagos de diez chelines.»

«No piense en esto. Ya le escribí ¿verdad? Que tenía que irme el domingo que viene, es decir dentro de tres días.»

«Oh, ¿dentro de tres días? Pero supongo que se pueden cobrar en Francia los giros emitidos aquí. Me informaré.»

«Pero, señorita Crosland... Bueno, hará lo que quiera. Tengo la intención de entregarle ahora cuatro billetes de cinco libras y después...»

«¿veinte libras? ¿lo que pretende es que esté mandándole pagos a cuenta durante cuarenta meses? No, señor Fournier. Esto no me conviene. No intente tentarme. Con seis libras obtendré lo que necesito y podré devolverle esta cantidad en un año, tal vez en ocho o diez meses.»

«Tome diez libras, de las que me devolverá seis, ya que insiste. Las cuatro que sobran se las regalo.»

«Pero yo no las quiero.»

«¿No quiere aceptar nada mío?»

«Nada de ningún hombre; es por principio. ¿No cree Vd. que si no estuviera convencida de no aceptar nada de ningún hombre, no habría escrito ya, desde hace meses a mi primo? Me ha hecho las suficientes ofertas, incluso después de mi marcha. Bien; acepto las diez libras; no podrá impedirme que se las devuelva. Casi hemos llegado. Diga al chófer que pare aquí.»

... ...

«No puede volver tan temprano a Harlesden, señorita Crosland: Son escasamente las siete y media. Podríamos dar un paseíto. He pensado en un lugar a donde podríamos ir y a donde habría ido seguramente, aunque hubiese estado solo, para volver a verlo antes de irme.»

«Oh, a Chelsea, ¿verdad?»

«Sí, a Chelsea, que conserva parte de mi juventud y parte de su infancia, y el recuerdo de la persona tan querida que hemos perdido.»

Consintió en ir, pero quiso recorrer a pie parte del trayecto, y fueron hasta Hyde Park Corner, donde cogieron un autobús.

La noche había caído ya, cuando bajaron en la esquina de King's Road con Oakley.

... ...

«¡Ah! ¿*éste* sigue aquí? Pensó enojada en el momento en que salía de la oficina en la que trabajaba, y otra vez me va a seguir y cuando lleve cinco minutos

sentada en la mesita del café le veré entrar, sentarse a una mesa cercana a la mía y mirarme fijamente con sus ojos de loco. Al principio me sonreía haciéndome pequeñas señas; pero ahora me mira fijamente como si me conociera. Sin embargo, nada en mi actitud... Bueno, a ningún otro hombre, nunca, se le ocurre seguirme ni mirarme así. Un día se sentó en mi mesa e intentó incluso hablarme. Pero yo sé perfectamente no mirar y fingir que no oigo. Sólo le miré aquella única vez; y leyó tan claramente en mis ojos que le consideraba un palurdo que se puso colorado y se fue en el acto. Me acosa. Ya he tenido que cambiar de restaurante, voy por calles desviadas, modifico constantemente mi itinerario de regreso a casa. Todo es inútil: siempre me lo encuentro a unos pasos de mí, con su expresión extraviada y su ridículo sombrero. Terminará por abordarme en plena calle.»

«¿Puedo hablar con Vd?»

Había ocurrido: el hombre de expresión extraviada estaba de pie ante ella, con su sombrero ridículo en la mano.

«No», contestó ella secamente.

Lo miró de pies a cabeza y apartándolo con la punta de su paraguas, pasó.

Dio media vuelta y cuando ella se atrevió a echar una ojeada a su alrededor, había desaparecido.Pero al llegar al café sintió que alguien sentado al fondo de la sala la miraba con intensidad. Era él.

Aquello duraba desde hacía dos meses; o al menos, hacía dos meses que se había percatado de que la seguía. ¿Cuándo había empezado esto? Tal vez unos

días después de que ella comenzara a trabajar allí, es decir unos tres meses. Había aprendido a no mirar nunca a la gente que no conocía. Así pues, podía haberla esperado y seguido desde hacía mucho.

Le causaba tanto miedo que si alguno de sus compañeros hubiese sido mujer se habría hecho acompañar. Pero no quería pedir esta clase de favor a ningún empleado de su oficina al ser todos chicos jóvenes. Por tanto tenía que enfrentarse a este terror sola y sin ninguna protección.

Sus ojos, o mejor dicho su mirada ¡era algo horrible! La volvía a ver en sus sueños. Si hubiera mirado así a un niño, éste se habría echado a llorar. ¡Qué fijeza tan extraña y qué expresión de angustia y de insolencia! Por la noche cuando estaba en su habitación, sentada ante la máquina de escribir y trabajando, sentía de repente que un horrible presentimiento le oprimía el corazón. Se abriría la puerta bruscamente y él entraría, la cabeza erguida, y ¡sus ojos! ¡sus ojos!... En aquellos momentos, si un mueble crujía, ella corría presa del espanto hasta el interruptor de la luz, apagaba la lámpara y tiritando se desnudaba y se acostaba a oscuras.

... ...

«Si leyera en un periódico...»

Se estremeció. Estaba de pie, a su izquierda, pero miraba recto al frente, aparentemente ocupado en examinar los grabados expuestos en el escaparate de una tienda y sin mover apenas los labios. Se quedó tan sobrecogida que no tuvo fuerzas para huir.

«...en un periódico el siguiente anuncio: Sres. Tal y Tal, notarios, desean tomar contacto urgentemente con la señorita Queenie Crosland, en relación con el testamento de su primo, fallecido en Filadelfia el 24 de Octubre pasado, supongo que escribiría a esos señores o bien si le mandaran a uno de sus empleados, aceptaría escucharle. Pues bien...»

Pensó aterrorizada: «¡Sabe mi nombre!»

Se atrevió a dirigirle una mirada. Lo vio de perfil y se sorprendió al encontrarle rasgos tan jóvenes, casi infantiles: aquella barbilla redondeada y aquella boca de labios un poco abultados. Sin embargo, algunas canas grises asomaban en sus sienes. Un extraño perfil que contrastaba con el recuerdo que tenía de su mirada; un perfil que le hizo pensar en las palabras «un niño grande».

«...pues bien, ¿acaso no resultaría más sencillo y menos desagradable para Vd. escuchar a ese empleado antes que exponerse a que un hombre que odia y que le da miedo la siga todos los días, a todas horas?»

No se movía, no se giraba hacia ella; y vio como su mano que sostenía un cigarrillo apagado, temblaba.

«Si ha de hacerme una comunicación de esta naturaleza ¿por qué no me la hace ya y aquí mismo? No sabía que mi primo hubiera muerto. Pues bien, le escucho.»

«El asunto es un poco complicado, señorita Crosland. ¿Me permitiría tratarlo en su casa?»

«¿También sabe mi dirección?»

«Naturalmente.»

«No entiendo... No, en mi casa no.»

«Muy bien. Tenga pues la bondad de venir mañana sábado, a las tres de la tarde aquí cerca, y en su camino de regreso, a la salida de su oficina: debajo de la columnata del Museo. Es un lugar muy concurrido y no tendrá nada que temer. Hasta la vista, señorita Crosland.»

... ...

«Ah, ya sé que me ha mirado. Y ¿se permite decir «Queenie» cuando habla de mí? ¡Le he dicho de una vez por todas que no le quiero! Y no consigo entender, tía, el papel que interpreta Vd. en este asunto. Tome, recoja este dinero; ¿quién me asegura que no procede del bolsillo del señor «Cuál-es-su-nombre»? Tampoco lo quiero; vuélvalo a coger.»

«No sea estúpida. ¿Quiere saber cuaál es mi papel en todo esto? El de una pariente que desea verla feliz y bien casada, y a quien le gustaría verla aprovechar una ocasión inesperada, una oportunidad única, que ni una chica entre mil tiene la suerte de encontrar. Piénselo: sabe todo y lo ha perdonado todo.»

Queenie, trémula de cólera, se levantó:

«¡No tiene nada que perdonar!» Gritó, y la indignación la dejó jadeante, sin encontrar más palabras.

La señora Longhurst se levantó, un poco asustada. Los ojos de Queenie brillaban con maldad y toda su actitud expresaba la cabezonería, la dureza y el furor de una joven guerrera sajona. Pero al mismo tiempo, la mirada tierna e inocente de las dos flores de carne desmentía la mirada huraña de los ojos y sólo expresaba dulzura, abundancia y paz.

... ...

Por fin el domingo a la hora del té, llamaron a la puerta y era el señor Harding. Inmediatamente se puso a la defensiva. No hubiera podido decir si le guardaba rencor por no haber aparecido el domingo anterior, o si estaba enfadada porque había vuelto: el caso es que se sintió en mala disposición de ánimo hacia él y no dejó pasar una sola ocasión de mostrarle la aversión que le inspiraba. Además, durante las semanas que siguieron, esto se convirtió en un hábito: sólo intervenía en la conversación para decir algo que directa o indirectamente iba a herir al señor Harding, y a menudo su tía se veía en la obligación de llamarle la atención o de regañarla. Pero parecía que él no advertía nada y además casi nunca se dirigía a ella.

Ahora se presentaba todas las noches después de la cena y permanecía una hora en el salón de los Longhurst. Como el señor Longhurst no estaba casi nunca en casa, Reginald se quedaba con las dos damas contando historias divertidas, describiendo escenas, paisajes y relatando anécdotas costumbristas que había observado, principalmente en Francia y en Argelia. Después se sentaba al piano y tocaba a veces durante media hora seguida, luego se despedía repentinamente besando la mano de la señora Longhurst e inclinándose ceremoniosamente ante Queenie. Estas visitas nunca duraban más de una hora.

... ...

Las cosas llevaban más de un mes así cuando una noche, la señora Longhurst, como por casualidad, abandonó el salón diciendo que volvía en seguida y Reginald y Queenie se quedaron solos.

Se giró hacia ella, la miró sonriendo un momento y dijo luego:

«Y bien, señorita Crosland, ¿Qué tal su noviazgo?»

«Y Vd.¿qué tal su educación?»

«Ya, ya sé: soy un campesino de Somerset extraviado en Londres. Y sin embargo, a pesar de mis malos modales persisto en seguir siendo candidato, por lo que deseo conocer el programa de mi adversario. Conseguí sonsacarle a la encantadora señora Longhurst muchas cosas que ella no tenía intención de desvelarme; pero respecto a las intenciones del señor Fournier hacia Vd. no he podido enterarme de nada con exactitud. Dígame pues, señorita Crosland, si ha recibido de ese señor cualquier tipo de promesa de matrimonio, quiero decir una promesa formal escrita o algo equivalente.»

«Esto no es asunto suyo, de ninguna de las maneras.»

«Le pido perdón, esto me concierne. Porque si él no ha hecho esta promesa, yo soy el único dueño del terreno y ya no le pregunto entonces si me acepta o no; le pido que elija el día de la ceremonia.»

«¡Es Vd. grosero y ridículo! ¿cómo puede ser que no se avergüence de su conducta hacia mí y de las palabras que acaba de pronunciar?»

«¡Vaya! su primera réplica era mejor, incluso tan buena que resultaba imposible mejorarla. ¿Cómo po-

dría avergonzarme sabiendo que puedo hacer feliz a la persona que quiero, que puedo apartar todos los obstáculos de su camino. Liberarla de todas las preocupaciones materiales que le atormentan y darle una posición y un nombre que muchas mujeres han deseado, y deseado en vano?»

«Ya sé: siempre tiene su dinero en los labios y cuando anda se oye cómo suena en sus bolsillos.»

«¿Acaso estaba hablando yo de dinero? Le estaba diciendo lo que puedo hacer por la mujer a la que amo. ¿Sí o no, le ha prometido matrimonio? Porque si ya no está aquí e incluso si ahora me dice que no, sé que terminará siendo mía. Dígame no, y volveré a perseguirla; esto durará meses, años si es necesario, pero ya sabe como terminará. Pues bien, ¿se lo ha prometido?»

Le miró a los ojos y vio con qué ansiedad esperaba su respuesta. Entonces hizo un gesto de que no, y dijo:

«Me había ofrecido ser su secretaria y...»

«Vaya, una *liaison,* ¿verdad? tras la pantalla de una situación cualquiera; y todo muy correcto y ¿quién va a pedir explicaciones? Hasta el día en que uno se cansa de la «pequeña dama» y se la desecha después de envilecerla. Pero lo que yo también le estoy proponiendo es una *liaison,* sólo que lo mío es de lo mejorcito en ese género.

Si lo que quiere son garantías en caso de desacuerdo o de ruptura, las tendrá; y si no quiere que en nuestra casa haya un cuarto para los niños, estaré de acuerdo, de todo corazón. No me caso con Vd. con este fin; tampoco para que lleve mi casa. Lo hago para arran-

carle toda la felicidad que es capaz de brindar y para ello tiene que ser feliz y verdaderamente libre y con todas las prerrogativas de una mujer casada. No sólo rica, rodeada de lujo y con todo el adorno de joyas y pieles indispensable para una persona como Vd., sino también respetable y respetada, y una dama en la más completa acepción del término. Pero una relación secreta como la que le ofrecían... Sí: la solución confortable y poco comprometida al gran problema, la manera triste y tímida de esquivar la lucha. No, no es demasiado valiente ese señor. No se atreve a emprenderla ese hombre de negocios. No se atreve a coger por las crines a esta yegua asustada. Lo que le falta no es deseo, sino corazón. Fuera del plano de la vida de cada día, se conforma con lo servido: es más seguro, y siempre se le saca jugo al dinero. Lo estoy viendo: se casará con lo que allí, al otro lado, llaman «una niña bien», una falsa gran dama amanerada en el mundo y una burguesa hosca y mezquina en la intimidad; lo que con la gracia de Dios y de mi amor, Vd. nunca será. ¡Pobre hombre! Y sin embargo, tiene medios y tenía la ocasión de contraer un magnífico matrimonio novelesco e irregular, uno de esos matrimonios que tanto desaprueban los pequeños burgueses que no son ni lo suficientemente ricos ni lo suficientemente sagaces para contribuir al progreso de la moral. ¡una *liaison*! ¿sabe qué nombre le da el pueblo a este tipo de mercadeo? ¡cuando pienso que estaba indefensa y que se la ha injuriado de esta manera! Pero ahora al menos tiene a alguien dispuesto a defenderla contra el mundo entero y a vengar todos los perjuicios que le han hecho. Lo sabe

¿verdad? No, no llore Queenie: le entran ganas de reír y también de esconderse. ¡Ande! Venga a esconderse entre mis brazos, señora Harding.»

Unos días antes de la ceremonia, Reginald Harding le había dicho en medio de muchas otras, una frase que se le había quedado grabada: «sabe, el matrimonio cuando se dispone de varios miles de libras anuales es algo muy diferente del matrimonio con unas centenas de libras. Lo mismo ocurre con Londres: no es la misma ciudad para una mujer rica que para una mujer que sólo disfruta de una situación desahogada. Como su tía, por ejemplo.»

... ...

Era la época también de los primeros «rag-times» de «Hitchy-Koo» y del furor del «destape». En los escaparates de las tiendas de lujo y en las revistas gráficas, por doquier, la mirada tropezaba con fotografías de bañistas y de playas repletas de desnudeces femeninas; de tal modo que el hombre cuyas ocupaciones o su propio placer acercaban a la atmósfera de los baños turcos de la ciudad, se imaginaba las costas de Gran Bretaña tal como las orillas de la isla de Calypso debieron presentarse a los ojos de Telémaco: un millón de ninfas de pie o tumbadas en la arena; un millón de nereidas jugando con las olas, la mujer y la mar siempre en presencia, mezcladas la una con la otra, las melenas al viento de alta mar y la salpicadura de la espuma a la risa. Y las noches, las noches de Londres, cuando todo ardía como un ponche bajo el cielo abra-

sado. Y aquellos «rag-times», los primeros: los que vinieron después ya no tenían aquella alegría desenfrenada ni aquella salvaje exhortación al placer. Parecía haber vuelto aquel precioso tiempo de la Alegre Inglaterra; y era el bello final de una bella época.

«Ya no recuerdo, le dijo Reginald Harding a su mujer, ya no recuerdo quién escribió algo parecido a esto: «Sólo existen Londres y París: todo lo demás es paisaje.» Hay algo de verdad en ello, pero para disfrutar plenamente de estas dos ciudades hay que aprender a mirarlas también a ellas como paisaje; y para esto nada como la ausencia de cualquier ambición y la ociosidad más absoluta. No hay que ser nada ni hacer nada. Esta es la línea de conducta que me tracé cuando tenía veinticinco años y no la he cambiado, y me ha ido bien... No ser nada, añadió bajando la voz, sino el amante de mi mujer y no hacer nada, sino amar a mi mujer... Después de pasar el verano en contacto con el océano, nos iremos a París y visitaremos aquellos rincones donde viví en el tiempo de mi bohemia estudiosa: el barrio de Montparnasse, la rue de la Gaîté, el Luxemburgo, la avenida del Observatorio. Nos quedaremos dos años en París; después vendrán Roma y Nápoles; luego volveremos aquí para una temporada, para algún «rag-time» y cuando nos cansemos saldremos hacia los mares del Sur.»

«¡Qué lejos está todo esto de Harlesden! Reggie, ¡qué feliz soy! ¡no puedo expresar lo feliz que soy!»

«Entonces, ¿piensa que finalmente soy un buen marido? ¡ya lo creo! Mire: he llegado incluso a prescindir por Vd. de mis queridos sombreros franceses,

tanto es así que a mis mejores amigos les cuesta reconocerme.»

Se quedaron un momento callados, dándose cuenta quizá de que sus palabras habían sonado falsas y que empezaban ya a no ser del todo sinceros.

Y sin embargo estaban bastante satisfechos el uno del otro. Y Queenie empezaba ya a emplear en la conversación, como Reginald, palabras francesas, palabras de esas que son en la serie de las palabras, lo que son las boquillas doradas en la serie de los cigarrillos.

Unos quince días antes de su boda y aconsejada por Reginald, había escrito a Marc Fournier para anunciarle que había ocurrido un gran acontecimiento en su vida: habían pedido su mano.

La respuesta de Marc no se hizo esperar. Era una carta correcta y trivial: la felicitación al uso. Añadía que había renunciado a su proyecto de instalar unas oficinas en Londres.

«Esto es un documento oficial, dijo Reginald. Eche un vistazo a otras direcciones a donde haya podido escribirle.»

Se sonrojó porque acababa de pensar lo mismo. Fue a Harlesden y al despacho donde antaño le enviaba las postales; pero no había nada para ella.

Y sin embargo, ¡si hubiese podido saber! Marc Fournier le había escrito varias cartas en las que le contaba toda la historia de sus sentimientos: empezando por la carta en la que le ofrecía, él también, matrimonio, hasta la carta con la que la felicitaba pura y simplemente como un hombre de mundo. Pero las había roto una tras otra, excepto la última, la que Queenie

había recibido. Marc Fournier no era como aquel gran poeta anónimo —probablemente un andaluz— que dijo:

Tu amor es como el toro
Que va allí donde le citan;
Pero el mío es como la piedra
Que mora donde la depositan.

... ...

Dos días después ya estaban instalados en su villa, un poco a las afueras de Kenston, en una altura en terraza, plantada con hayas bajas cuyo espeso follaje había peinado el aire del mar, echándolo del lado de la tierra. Desde su misma puerta llegaban por un sendero hasta una pequeña cala arenosa con sus casetas preparadas. Allí bajaron poco después de la salida del sol y se apresuraron a tirarse al agua, más tibia a esa hora que el aire un poco áspero de la mañana. Luego retomaron el camino hacia su casa, simplemente cubiertos con sus albornoces y calzados con sandalias y aspirando profundamente la brisa fuerte y salada.

«Hoy iremos a almorzar a Wells, dijo Reginald y pasaremos por Weston. He dado el día libre al chófer; seré yo quien conducirá.»

Así pues, hacia las nueve de la mañana atravesaron Kenston donde no había nada que ver sino casas y capillas de piedra gris cubiertas de hiedra y alguna choza oculta bajo las flores, las dulces flores del Oeste, que crecen en el viento del Atlántico y a las que Queenie quería ya como a unas hermanas. En la plaza llamada

«El Triángulo» se fijaron en la vieja torre del reloj, baja y pequeña pero rematada con un tejado rojo muy alto, puntiagudo y divertido. Un poco más allá descubrieron otra torre con reloj en otro cruce de caminos, pero ésta de metal y moderna.

«Me pregunto por qué sienten la necesidad de saber con tanta exactitud la hora aquí» susurró Reginald; y Queenie con ganas de reír, aprovechó la ocasión .

Reginald intentó seguir la vía del ferrocarril local que enlaza Kenston con su alegre y ruidosa rival Weston Magna, pero los caminos que tuvieron que coger y que les hicieron pasar por el bonito pueblo de Combesbury, no dejaban de alejarles de allí y fue un poco por casualidad que por fin llegaron a la entrada del frondoso bulevar de Weston. Aparcaron el coche en el garaje del Royal Hotel y se mezclaron con el gentío que por todas las calles ya volvía de la playa. Por doquier la vegetación y el gris tierno de la piedra, la brisa y el sol y las sombras de las nubes transcurriendo sobre los jardines.

Y en el extremo de la escollera a donde se dirigieron, volvieron a contemplar el estuario, el paisaje con el que Queenie empezaba a familiarizarse; las terrazas elevadas a orillas de una extensión infinita de agua plateada y los «holmes», esos dos monstruos de un antiguo periodo geológico encallados en mitad del golfo en cuya orilla opuesta se levantaban como astros las montañas del País de Gales, ellas también del color de la plata a esa hora. Y Queenie, erguida en la brisa cuya vehemencia y frescura sentía al través del lino blanco, comprendió la áspera bondad del Oeste.

Y sin embargo fue en Weston Magna y ese mismo día donde estuvieron a punto de tener su primera escena. Al pasar delante de una pescadería, Reginald entró y compró una loncha de salmón de unas diez libras, recomendando que la mandaran en seguida a Kenston con el tren. Cuando salió, Queenie no pudo evitar decirle que el trozo que había comprado era demasiado grande y que seguramente las criadas echarían a perder la mitad del mismo.

«¿Acaso va a pagar este gasto, querida?» Preguntó Reginald.

Se sofocó, se mordió los labios y se quedó sin contestar un momento; pero al fin y al cabo tenía razón; y se sometió, como lo hubiera hecho su madre en circunstancias parecidas. E incluso, al igual que su madre, experimentaba sin atreverse a confesárselo, una especie de placer sensual y de orgullo al comprobar el buen apetito de su marido, y dijo:

«lo siento, Reggie.»

Y él contestó entre dientes:

«Si no estuviéramos en plena calle, me gustaría besarla.»

Y añadió al cabo de un rato:

«¡Y todo por un pedazo de salmón!»

Unos pasos más adelante, Queenie le dijo:

«Oh, Reggie querido, ¡déjeme llevar su bastón!»

Regresaron al Royal Hotel y reemprendieron viaje; y al pasar de nuevo por Combesbury, se apearon para sentarse un momento a orillas del río Yeo, donde mojaron sus manos. Y hacia el principio de la tarde penetraron en el valle bienaventurado.

VALERY LARBAUD

De la tierna edad

Traducción y epílogo de Ricardo Cano Gaviria,
180 pags., 2.300 ptas.

Los relatos de "De la tierna edad" ofrecen un completo abanico de sentimientos y experiencias de infancia: el amor lésbico y prohibido de "Rose Lorudin", el primer amor infantil de "La tajadera", la experiencia del paso del tiempo de "La hora con la figura", el sentimiento de la muerte de "Dolly", la historia de las naciones y la lucha de clases de "La gran época", la amistad de "Raquel Frutiger", la vocación literaria de "Deberes de vacaciones" o el despertar del amor femenino de "Retrato de Eliane...", he ahí el mejor compendio de lo que cabe en la cabeza de un niño que pronto no lo será, tal como ha salido de la pluma de uno de los mayores "infantólatras" del siglo XX, el gran escritor frances Valery Larbaud.

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE